JUNTA DE ICONOGRAFÍA NACIONAL

CASAS REALES DE ESPAÑA

RETRATOS DE NIÑOS

II

LOS HIJOS DE CARLOS III

POR

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO

MADRID.—J. COSANO.—1926.

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/casarealesdeespa0000vari

JUNTA DE ICONOGRAFÍA NACIONAL

CASAS REALES DE ESPAÑA

RETRATOS DE NIÑOS

II

LOS HIJOS DE CARLOS III

POR

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO

MADRID
IMPRENTA DE JULIO COSANO
1926

CARLOS IV

SIENDO PRINCIPE DE ASTURIAS

(Oleo por Mengs.)

LOS HIJOS DE CARLOS III

I

EN ITALIA

El Infante D. Carlos, primogénito del segundo matrimonio del Rey Felipe V, fué desde su infancia el móvil principal de las ambiciones de su madre, la inteligente D.ª Isabel de Farnesio, siempre afanosa para conseguirle un trono. Presentóse esta ocasión con la sucesión de los Ducados de Parma, Plasencia y Toscana, pertenecientes a la Casa de Farnesio, disputados por el Austria, y aprovechándola, tras repetidas gestiones y convenios, se consiguió fuera reconocido el Infante como presunto sucesor de su tío abuelo el Duque Antonio, a cuyo objeto se despedía en Sevilla de sus padres y hermanos en octubre de 1731, y embarcaba en Antibes para arribar felizmente a Liorna a fines del mes de diciembre, siendo nombrados para componer su casa y servidumbre: el Príncipe de Corsini, sobrino del Papa, Caballerizo Mayor; el Conde de San Esteban del Puerto, Ayo, y Sumiller de Corps, el Duque de Tursis.

Poco después, por causas que no es de nuestra misión

detallar aquí, tras la victoriosa batalla de Bitonto, en la que el Conde de Montemar se cubrió de gloria, y la toma de la plaza de Gaeta por el mismo Infante, le fueron cedidos los reinos de Nápoles y Sicilia, coronándose en Palermo, con toda magnificencia, el 3 de julio de 1735, con el nombre de Carlos VII.

No pasaron dos años sin que se pensara en la conveniencia de que contrajese matrimonio, para asegurar la descendencia de un Soberano que tan rápidamente había sabido captarse la simpatía y cariño de sus súbditos, por la solicitud con que atendía a sus necesidades y la justicia en mantener sus leyes. La elección parecía recaer en la Princesa María Amalia Walburga, hija del Elector de Sajonia Augusto III, Rey ya de Polonia, y de María Josefa de Austria, hija, a su vez, del Emperador José y de su esposa Guillermina Amalia. Encargóse de negociar este enlace el Conde de Fuenclara, Embajador de España en Viena, y por la correspondencia íntima del futuro esposo con sus padres, se manifestaba la impaciencia de que se sentía dominado por que se verificase prontamente, diciéndoles, en carta de 17 de diciembre de 1737, haber enviado a Fuenclara su retrato, copia del pintado por Molinaretto (1), que había salido a maravilla, asegurándoles, por el recibido de su futura, que le parecía ésta cada vez más bonita y estaba cada día más contento de su próximo matrimonio.

(1) Giovanni Molinari (1721 † 93), discípulo de Claudio Beaumont.

La Reina María Amalia.

Luis Silvestre, el Joven?

El Caballero Bernardo, noble veneciano, y el Conde de Fuenclara nos la describen muy alta para su edad (había nacido en 24 de noviembre de 1724), robusta, color claro, de buen genio, criada en prácticas de religión, virtud y piedad, hablando francés e italiano, siendo aficionada a las Bellas Artes, pues dibujaba bien y gustaba de la música, de la equitación y mucho de la caza. El retrato de ella enviado por Fuenclara, con carta de 4 de marzo de 1738, era de medio cuerpo y de gran parecido, sólo que «tenía más color que la Reina, sin querer esto decir que fuese pálida» (1).

(1) Este retrato de medio cuerpo de que hablaba Fuenclara parecía destruir la suposición del Sr. Tormo, recogida en la página 260 de la obra *Retratos del Museo del Prado,* de los Sres. Allende-Salazar y Sánchez Cantón, de que sea el cuadro número 2.358 del catálogo del mismo, representando a la princesa María Amalia de cuerpo entero, el pintado con motivo de su boda por Luis Silvestre, *el Joven*, primer pintor de Cámara de la Corte de Dresde en aquella fecha.

Tratando de inquirir el nombre del autor del retrato de medio cuerpo, recurrí a la bondad del Sr. Gómez del Campillo, jefe de la Sección de Estado del Archivo Histórico Nacional, donde radica la carta de Fuenclara citada; mas nada pudo añadirse a lo sabido; en cambio, se encontraron los datos siguientes, relativos al retrato de cuerpo entero, entre los cuales no se cita el nombre del artista, sin duda, por no concederle importancia a ese extremo:

El retrato de la Reina María Amalia que reproduce la lámina I, número 2.358 del Catálogo del Museo del Prado, es al que se refiere la nota como pintado en marzo de 1738 en Dresde, cuando la Princesa, entonces prometida esposa, sólo contaba trece años y cuatro meses de edad.

Se celebraron las bodas por poder en Dresde, el 9 de mayo de ese año, y la nueva Reina se puso en camino, viéndose objeto de agasajos y fiestas en las ciudades de los Estados italianos por donde pasó, distinguiéndose entre todos el Pontífice, que envió para cumplimentarla a doce Cardenales.

El Rey Carlos la esperaba en Portella, último lugar de sus Estados, donde se había construído un precioso pabellón, y donde se vieron por primera vez el día 19 de junio, y pasando a Gaeta, se celebró el vínculo sagrado con los más vistosos regocijos. El día 23 llegaron a Nápoles de secreto, y el 3 de julio fué la entrada pública, que se veri-

---

El Pardo, 27 enero 1738. – *Minuta a Fuenclara.*

El Rey deseaba tener un retrato de la... futura Reina.

Dresde, 1.° marzo 1738.—*Fuenclara a Cuadra.*

...que deseando los Reyes un retrato..., me mandan SS. MM. procure enviarle de cuerpo entero con la mayor brevedad, sobre que diré a V. S. lo he encargado ya, y luego que esté hecho lo enviaré.

Dresde, 24 marzo 1738.—*Fuenclara a Cuadra.*

...El retrato se está haciendo, y luego que esté acabado se lo remitiré a V. S.

Dresde, 9 abril 1738.—*Fuenclara a Cuadra.*

Este extraordinario lleva el retrato de la Reina de las Dos Sicilias que los Reyes me mandaron procurara enviar, y estos Monarcas han querido ejecutarlo por sí, pero me lo han enviado para que lo viese, y puedo aseverar a V. S. es sumamente parecido y está hecho de la misma estatura de la Reina. Al pintor que me lo trajo le regalé con 30 doblones de oro por parecerme preciso.

ficó con extraordinario lucimiento y contento del pueblo, por verse con Reyes propios, después de tantos años de estar sometido al Gobierno de Virreyes españoles o alemanes.

Queriendo el Rey perpetuar el recuerdo de tan fausto acontecimiento, instituyó, al día siguiente, la Orden de Caballeros de San Jenaro, cuya vestidura era hábito blanco y manto encarnado, sembrados de flores de lis de oro, y tenía por insignia, banda igualmente encarnada, con la efigie del santo patrono. Aquella misma tarde, la Reina le visitó en su capilla y le ofrendó una cruz de brillantes de gran valor.

En el reparto de gracias, con motivo de la boda, hubo

---

8 mayo 1738.—*Cuadra a Fuenclara.*

> ...que llegó el retrato bien acondicionado, que SS. MM. han tenido gran satisfacción y gusto con él, por la hermosura, gallardía y espíritu que descubre concurren en el original, mayormente cuando V. S. dice es sumamente parecido. Que hizo bien y aprueban SS. MM. el regalo que hizo al pintor que se le llevó a enseñar.

Fué traído a España el retrato por D. Gaetano Farinachi, Caballero de la Orden de Cristo, Capitán y Correo mayor del Rey de Polonia.

En otro legajo se encontró también la mención del regalo hecho por Felipe V a su futura nuera, María Amalia, consistente en un aderezo de brillantes, compuesto de collar, cruz y pendientes, construído por el joyero Francisco Sáez, que costó 145.436 pesos y seis y medio reales de plata. Isabel de Farnesio, por su parte, le envió un lazo y piocha de las mismas piedras, de las que acusa recibo el 3 de mayo de 1738, desde Zaragoza, el Duque de Atrí, Capitán general de Aragón, que había sido nombrado para llevar las joyas a la Reina de Nápoles.

una que merece consignarse, por indicar el aprecio en que se tenían ya los servicios de D. Bernardo Tanucci, Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, al que se concedió el Marquesado de su apellido, aprecio cada vez creciente, y al cual supo él corresponder con una lealtad y honradez dignas del mayor elogio.

Por Mayordomo Mayor, desde antes de su casamiento, tenía nombrado el Rey al Duque de Sora; para el servicio de la Reina se concedió a la Princesa viuda de Colombrano el título de Camarera Mayor, y con bastante anterioridad al nacimiento de los Príncipes, el de Aya de los mismos, a la Marquesa de San Marcos Cavaniglia. No se hizo, sin embargo, esperar mucho el primer descendiente, pues tras una enfermedad de viruelas sufrida por S. M., dolencia muy extendida entonces, y a la que sucumbieron numerosas personas de la familia real, se presentaron los síntomas de fecundidad, y el 6 de septiembre de 1740 dió a luz la Reina Amalia una niña, a la que se bautizó con el nombre de María Isabel el 19 de noviembre, día de Santa Isabel, para duplicar de ese modo los motivos de festejo, pues era el santo de la Reina de España, su abuela, quien, además, fué la madrina, representada por la Princesa de Colombrano, siendo Felipe V el padrino, y en su lugar, el Cardenal Aquaviva. Esta Princesa subió al cielo en 31 de octubre de 1742, y recibió sepultura en la Real Iglesia de Santa Clara de Nápoles. (Lámina II.)

Lámina II.—María Isabel, hija primogénita, por Amiconi. Museo del Prado.

Lámina II.

S. A. la Infanta María Isabel.

Oleo, por Amigoni.

Número 14 del Catálogo del Museo del Prado.

Lámina III.

S. A. R. la Infanta D.ª María Isabel ?

Oleo, por Giuseppe Bonito.

Meses antes de este triste suceso, en 20 de enero de 1742, había tenido lugar el nacimiento de otra hembra, a quien pusieron de nombre María Josefa Antonia, y sólo vivió hasta el 3 de abril del mismo año.

En 30 de abril de 1743 vino al mundo otra Princesa, como para aliviar la pena de la pérdida de sus dos hermanitas, a quien bautizaron, en recuerdo de la primogénita, como María Isabel, figurando por padrinos sus abuelos los Reyes de España. Esta niña falleció en 17 de marzo de 1749, faltando, por tanto, poco más de un mes para cumplir seis años (1). (Lámina III.)

(1) En el cuadro de Luis van Loo representando a la familia de Felipe V, número 2.283 del Catálogo del Museo del Prado, figuran dos niñas en primer término jugando con un perro, que dicen ser las Infantitas María Isabel, hija del Rey de Nápoles, y María Luisa, del Duque de Parma. Como fueron dos las hijas de Carlos III que llevaron el nombre de Isabel, la primera, fallecida en octubre de 1742, y la tercera, nacida en abril de 1743, cabe la duda de cuál pueda ser, ya que el cuadro está firmado en este último año, sin precisarse el mes, como es natural. Al pronto parece tratarse de la tercera, por la fecha, pero acaso sea más acertado pensar en la primera, porque la retratada no es una criatura de cuatro a cinco meses, y es necesario contar que el pintor, en España, hubo de valerse de un estudio hecho con alguna anterioridad por algún artista napolitano. Pero si tanto una como otra pudieran ser, la otra Infantita, la hija del Duque de Parma, se nombraba Isabel, María, Luisa, Antonieta, nacida en 31 de diciembre de 1741, casada en 1760 con el Emperador de Alemania José II. Diez años menor fué su hermana Luisa María Teresa, esposa de Carlos IV.

Lámina III.—María Isabel, segunda de tal nombre entre las hijas de Carlos III. No hay más dato seguro para

Estando el Rey Carlos al frente de sus tropas, con motivo de la guerra de Italia, el año 1744, su esposa se puso en camino para Gaeta, haciendo cortas jornadas, acompañada de sus damas, por encontrarse encinta de otra Infanta, que nació en dicha ciudad a las diez de la mañana del día 16 de julio, y fué bautizada allí por el Cardenal Spinelli, con los nombres de María Josefa Carmela. Terminada gloriosamente la campaña, volvió el Rey, saliendo a recibirle a la raya María Amalia, y entrando juntos en Nápoles el 7 de noviembre. Cuatro días después lo hicieron la Infantita María Isabel y la recién nacida María Josefa. (Lámina IV.)

De ésta nos dice Fernán Núñez era pequeña y contrahecha y de cara no desagradable; pero, sin duda, se refería a cuando vino a España, siendo ya una muchacha de más de quince años. Entonces tenía bastante parecido

la atribución, que la edad en que murió, seis años escasos, y por tanto, sólo podría confundirse con su hermana María Luisa, distinguiéndose de ella por el corte de la cara, más ancha y aspecto de mayor robustez. Cuadro de Giuseppe Bonito en un salón del Palacio Real.

Lámina IV.—Nació en Gaeta el 16 de julio de 1744. Murió en Madrid en 8 de diciembre de 1801. Este retrato es una pequeña miniatura sobre marfil de cuando era aún poco frecuente emplear esa materia. Sin duda es de algún artista italiano de mérito y ejecutada, por su forma de corazón, para llevarla en una joya, probablemente para su madre. En tiempos de la Reina Gobernadora debieron de quitarla de su primitivo broche de pedrería, pues a tal época corresponde el bisel de bronce donde hoy día se conserva en el Palacio Real.

Lámina IV.

S. A. la Infanta María Josefa Carmela.

Miniatura.

LÁMINA V.

S. A. R. la Infanta D.ª María Luisa?

Oleo, por Giuseppe Bonito.

Lámina VI.

S. A. R. la Infanta D.ª María Luisa.

Oleo, por Giuseppe Bonito.

con su padre en la nariz prolongada y la boca pequeña, y es de suponer que en la niñez aun le haría mejorar la expresión de inocencia, que tanto embellece esa edad.

El 24 de noviembre de 1745, día de su cumpleaños, dió a luz la Reina en Nápoles su quinta hija, a la que se bautizó un año después, siendo sus padrinos los Reyes de España, representados por su Embajador extraordinario, el Marqués del Hospital, y la Princesa Colombrano, poniéndosele por nombres María Luisa Antonia. Esta niña, bien constituída, fué siempre sana y robusta. (Láminas V y VI.)

Llegó, por fin, el momento de que consiguieran los Reyes de Nápoles sucesión varonil en el Real Sitio de Portici el 13 de junio de 1747, viviéndoles entonces solamente las Infantas María Josefa y María Luisa. Se le bautizó con los nombres de Felipe Pascual Antonio, y los Reyes de España Fernando VI y D.ª Bárbara de Braganza, que por muerte de Felipe V habían subido al trono el año anterior, queriendo demostrar la unión existente entre ellos y su hermano Carlos, declararon al nuevo vástago Infante de

Lámina V.—Nació el 24 de noviembre de 1745 † 15 de mayo de 1792. Es algo dudosa la atribución de este lienzo de Bonito, pero comparándole con otro que también se reproduce, no cabe duda ser la misma niña, aunque de menos edad. Existe en el palacio de Riofrío.

Lámina VI.—No ofrece este retrato la duda que el anterior, también de Bonito, pues por ser de edad un poco mayor, tener la cabeza de frente y el peinado semejante, recuerda el pintado al óleo por Mengs, siendo ya mujer, que figura con el 2.199 del Catálogo de nuestro Museo del Prado.

España, con la pensión anual de 40.000 duros, y deseando apadrinarle, enviaron en su representación, como Embajador extraordinario, al Duque de Medinaceli. La ceremonia tuvo lugar el 4 de febrero siguiente, y al recién nacido, por ser primogénito, se le dió el título acostumbrado de Duque de Calabria. (Lámina VII.)

Para el amante corazón de su padre fué este niño el más amargo torcedor de su vida, por ser conocida su completa imbecilidad, que, según cuentan, no era congénita, sino causada por haberle dado de mamar su nodriza después de una acalorada disputa, a consecuencia de lo cual empezaron a sobrevenirle accidentes epilépticos. Cuando, tras frecuente mutación de amas, se consiguió una cuya leche parecía mejorarle, tuvo la ocurrencia de irse con su marido, y por más atenciones y ofrecimientos que se le hicieron, hasta ponerse el Rey de rodillas, no se

---

Lámina VII.—Nació en el Real Sitio de Portici en 13 de junio de 1747, y como primogénito, llevó el título de Duque de Calabria. Se le declaró incapaz por su estado de imbecilidad y falleció en Nápoles el 19 de septiembre de 1777.

Este retrato lo pintó Giuseppe Bonito en 1748, según indicación del conservado en el Palacio Real, pues existe una réplica propiedad de los Sres. Duques de Plasencia, que figuró en la Exposición de Retratos de Niño organizada por la Sociedad Amigos del Arte en 1925, en donde nada se consigna. La fecha de 1748 da la autenticidad al personaje, pues su hermano Carlos, que le seguía en edad, nació precisamente ese año, por lo cual es imposible que sea.

S. A. R. el Infante primogénito D. Felipe Pascual.

Oleo, por Giuseppe Bonito.

la pudo disuadir; entonces exclamó dolorosamente S. M.: «Que se vaya, pues que nada le basta; pero que no le hagan ningún mal». Palabras bien en consonancia con su máxima favorita: «primero Carlos que Rey»; es decir, que debía ser hombre antes de todo. Esta desgraciada criatura debía de tener épocas y momentos algo lúcidos, cuando en los gastos de su cuarto, presentados por el que fué Gobernador del mismo D. Agnello Filangieri, Mayordomo de semana, figuraban caballeriza y oratorio, con varios músicos y cantantes. Según Fernán Núñez, amaba mucho la música, y una de sus diversiones consistía en ponerse bastantes guantes, que llamaba *la manona*, los que otras veces se echaba al hombro como un fusil.

Transcurrió poco más de un año del nacimiento del primogénito cuando vino al mundo, en 12 de noviembre de 1748 otro varón, que había de ser, por fin, el que empuñara el cetro de España. No hay contemporáneo que nos lo describa físicamente en su niñez; pero basta ver sus retratos para juzgar de su fuerte complexión, que con los años y los ejercicios corporales se vigorizó. El P. Coloma (1), teniendo, sin duda, presente alguna pintura de cuando contaba este Príncipe veinticinco años, escribe: «era bien hecho, ancho, robusto y de grandes fuerzas corporales, que ejercitó mucho en la caza y en oficios mecánicos, a que se mostró siempre aficionado. Su rostro, en que se hermanaba la bondad con la vulgaridad suma, era muy en-

(1) *Retratos de antaño*, tomo I, pág. 290.

cendido, y resultaba pequeño, así como la cabeza, cuya gran peluca empolvada disimulaba, en parte, este defecto.» (Lámina VIII.)

A este Príncipe sucedió una niña, nombrada María Teresa, nacida en Portici, que sólo vivió cinco meses, de 2 de diciembre de 1749 a 2 de mayo de 1750.

Vino después un varón, Fernando, el 12 de enero de 1751, quien heredó de su padre el trono de Nápoles el 6 de octubre de 1759. (Lámina IX.)

En seguida otro, en 11 de mayo de 1752, estando su madre en Portici, que se llamó Gabriel Antonio, y fué bautizado por el Nuncio de S. S., y en el mismo Real Sitio, una Infanta, a quien se puso el nombre de María Ana, cuya vida duró de 3 de julio de 1754 a 11 de mayo de 1755.

En 31 de diciembre de 1755 tuvo lugar el alumbramiento en Caserta del Infante D. Antonio Pascual, y en 17 de febrero de 1757, en Nápoles, el del número trece de los hijos, D. Francisco Javier.

Tan crecida descendencia de los Reyes en menos de diez y siete años, de los cuales hay que descontar algún tiempo, pues cuando contrajeron matrimonio aun no era

---

Lámina VIII.—Este cuadro de Bonito, se conserva en el Real Palacio y por muchos detalles puede afirmarse es retrato de D. Carlos, Príncipe de Asturias.

Lámina IX.—Este retrato fué encargado por Carlos III cuando salió de Nápoles, y está firmado en 1760, teniendo entonces D. Fernando poco más de nueve años. Nació en 18 de enero de 1751, † el 8 de enero de 1825. Se conserva en el Museo del Prado con el número 2.190.

LÁMINA VIII.

Carlos IV.

Oleo, por Giuseppe Bonito.

Lámina IX.

El Infante D. Fernando, siendo ya Rey de Nápoles.

Oleo, por Mengs.

núbil la Reina, había de contribuir a que naciera aquélla en un estado de menor resistencia, pues se ha observado que cuando se tienen muchos hijos, la proporción de mortalidad no es la corriente, sino mayor, por un mecanismo que no por desconocido es menos cierto en la práctica. Así se vió que al nacer el último Infante, D. Francisco Javier, ya no existían otras cinco hermanas. Todos los escritores convienen, sin embargo, en que difícilmente podría hallarse, no ya entre Soberanos, sino entre señoras particulares, madre que pudiera igualar a María Amalia en la crianza de sus hijos, a quienes siempre tenía con ella, dándoles santos consejos y cuidándoles por sí misma, cuando padecían alguna indisposición, pues no rehuía las molestias personales que esto lleva consigo. Solía decir su esposo por tal motivo que era *buena mujer y muy madrera,* lo cual no obstaba para que, cuando era necesario, los castigase con sus propias manos.

Sabida es la inveterada costumbre en la Corte española de encargar de la vigilancia de los Infantes a damas, a las que se conocía con el nombre de ayas, mientras no cumplieran los siete años, y pasada esa edad poner a los varones cuarto aparte, siendo hombres los designados para su educación. Ya hemos dejado dicho que la dama nombrada para el cargo de Aya fué la Marquesa de San Carlos Cavaniglia, con anterioridad al nacimiento de la descendencia de los Reyes, la cual, por ser sólo femenina al principio, debió ejercerlo bastantes años. Hasta fines de 1755, en que el futuro Carlos IV cumplió los siete

años, no hubo Ayo, y fué éste el Príncipe de San Nicandro. Natural era que la Reina, con la viveza de su genio, su aplicación a las obligaciones domésticas y el interés por la educación de sus hijos, fuera quien les enseñase las primeras letras y formase su corazón con aquella fe y devoción cristianas que se manifestaba diariamente en actos públicos y en ejercicios que, como una religiosa, practicaba en un pequeño recinto, especie de celda, cuyo adorno consistía en un cristo y una calavera. Así salieron, sobre todo, aquellas Princesas, que tan bien supieron cumplir los deberes de su elevada posición social.

No puede negarse que el Rey Carlos contribuía con todas sus fuerzas a la realización del ideal de la familia cristiana, amando entrañablemente a su esposa e hijos, no buscando otras diversiones que las honestas y practicando las virtudes, tanto las referentes a su persona como las inherentes a su difícil cargo. El matrimonio era muy aficionado al ejercicio de la caza, y con frecuencia pasaba largas temporadas en la villa de Caserta, a unas cuatro leguas de Nápoles, donde se mandó construir un hermoso palacio y un parque magnífico, o en Portici, a menos de dos leguas de la capital, que, por su inmediación a Herculano, fué elegido para edificar en 1738 un castillo, donde se reunían las antigüedades encontradas en tan antigua villa, cubierta por la lava del Vesubio el año 79, en tiempos del Emperador Tito. Si Carlos no era amigo de la música, porque, según parece, siendo chico, su Ayo, el Conde de Santisteban, le hacía ir a la fuerza a la ópera, lo que no impidió que en

su reinado se erigiera el mayor teatro de entonces, el de San Carlos de Nápoles, como gustaba de las artes mecánicas, en las que empezó a ejercitarse trabajando al torno, cuando sólo tenía doce o trece años, hasta conseguir labrar un palillero para su querida Aya, la Marquesa de Montehermoso, determinó, por consejo y deseo de la Reina, la fundación, en 1743, de una fábrica de porcelana en Capodimonte, donde desde poco antes existía un palacio, situado en una altura al N. de Nápoles. Se trató de imitar a la manufactura de Meissen, creada por el Elector de Sajonia, padre de la Reina Amalia, la que se entretenía en ella de muchacha en modelar y cocer algunas piezas. Los artistas fueron traídos de Meissen, y se empezó haciendo la porcelana *tierna*, que es la empleada para la decoración y objetos artísticos, ya que la *dura* servía para los de uso doméstico. Más adelante se estableció allí mismo otra fábrica de mosaico de piedra dura, al estilo de Florencia.

Respecto a la pintura, la escuela denominada napolitana, que empezó a tomar gran vuelo con varios artistas discípulos de Rafael, nacidos en Nápoles, donde a fines del XVI importó Corenzio el estilo de Tintoretto, y luego el español Ribera puso de moda el de Caravaggio, ejerciendo largo tiempo los dos, en unión de Caracciolo, una tiranía artística, llegando esta escuela a tal fama en toda Italia, que no hubo maestros más celebrados que Salvator Rosa, el Calabrese y Luca Giordano, al ir a reinar en las Dos Sicilias el Príncipe D. Carlos, quedaban como únicos representantes de ella Francisco Solimena, ya muy viejo, pues tenía

setenta y ocho años, y un joven de treinta, discípulo suyo, llamado Giuseppe Bonito.

Solimena, imitador de Giordano, al que al morir éste encargó Felipe V terminar doce cuadros que dejó abocetados, era pintor de historia y asuntos religiosos, y, por tanto, no recurrió a su pericia el nuevo Monarca para que le retratase; pero, no obstante, trazó la alegoría de una conversión o bautizo, con los bustos de los Reyes entre nubes, rodeados de figuras simbólicas, que grabó Antonio Baldi. El Caballero Bonito, buen colorista, que llegó a adquirir verdadera reputación como retratista, fué pintor de la Corte y quien nos ha dejado la imagen de toda la familia real. Son sus obras las que nos muestran la infancia de los Príncipes, conservadas unas en el Palacio de la plaza de Oriente, y otras en el de Riofrío, sin poderse determinar en la mayoría de los casos con certeza a quiénes representan. Son pocos los datos conocidos referentes a su vida (1705 † 1789) y a su producción, citándose un fresco en la bóveda de la iglesia de Santa Clara, antiguo panteón de los Reyes de Nápoles, restaurado de 1742 a 57, representando el sacrificio de David, y dos cuadros en el palacio de Capodimonte (1). Se sabe también, por un documento del Archivo de Palacio (2), que hasta 1774 continuaba enviando a Carlos III desde Nápoles algunos retratos. Con estos artistas han de mencionarse varios que

(1) *Storia dell'Arte Italiana*, Roma, 1905.

(2) *Retratos del Museo del Prado*, de los Sres. Allende-Salazar y Sánchez Cantón, pág. 261.

trabajaron para la Casa Real de Nápoles; así sucede con el Molinaretto, antes citado; Amiconi, que vino a España en 1747; Antonio Baldi (1692 † 1773), otro discípulo de Solimena por la pintura, y de Andrea Magliard por el grabado, que dibujó y esculpió en 1735 un busto del Rey Carlos, y, por último, un dibujante llamado Trisca, que nos ha dejado un medallón del matrimonio real, con dos figuras alegóricas que grabó Orlando.

A la llegada del Rey Carlos no habían transcurrido muchos años desde que partiera de Nápoles para España un pintor que sentara plaza de soldado, por no contar con recursos para vivir y manifestaba extraordinaria habilidad en la miniatura, que entonces seguía la tradición de los iluminadores y utilizaba el pergamino, y a veces la vitela. Era éste Francisco Antonio Menéndez, y en la Corte de Felipe V se dió a conocer ventajosamente, ejecutando retratos para joyas y regalos, en la misma forma que la veneciana Rosalva Carriera lo verificaba en París desde 1720. A pesar de que el dibujo de la Rosalva no era impecable, de que el color resultaba frío y la semejanza no podía garantizarse, las obras parecían tan graciosas y amables, que el apasionamiento por ellas duró todo el siglo XVIII. Ese éxito encontró eco en diversos países, como ocurrió en la Corte de Dresde, donde ejercía el cargo de miniaturista de Cámara el danés Ismael Mengs, discípulo de Samuel Cooper. A su enseñanza se debe la práctica en la especialidad, tan perfectamente adquirida por su hijo Antonio Rafael y la de sus hijas Teresa Concordia, casada con el pintor austriaco

Anton von Maron, que en Italia se le conocía por el Caballero Antonio de Maron, dedicado al retrato, y de la más joven Julia. Este grupo que hacía miniatura, pues Antonio de Maron la aprendió también de su maestro, y luego cuñado, Rafael Mengs, es a quien pueden atribuirse trabajos en ese género de la familia real de Nápoles desde 1755.

Hacia la misma fecha había conocido Mengs en Roma al célebre arqueólogo alemán Winckelmann, coincidiendo con él en su admiración por el arte griego, entonces muy en auge, por las excavaciones realizadas, primero, en Herculano, y más tarde, en Pompeya. La obra *La Antichità di Ercolano,* empezada a publicar en 1755 por Ottavio Antonio Bajardi, a expensas del Rey Carlos, compuesta de seis tomos, de los que dos contienen el catálogo y cuatro las reproducciones de pinturas, esculturas, bronces, etc., así como las *Cartas sobre los descubrimientos de Herculano,* dadas a la imprenta en Dresde en 1762 por Winckelmann, produjeron verdadera sensación en el mundo sabio, aumentando cada vez el deseo de imitar a lo antiguo. Las líneas sencillas, los contornos puros, las formas correctas reemplazaron lo retorcido e irregular, entonces en uso, suministrando esas villas de origen griego, delicadezas de ornamentación y de mueblaje más en consonancia con el gusto helénico que con el lujo romano.

Es muy natural que, viendo el pueblo napolitano el interés despertado por sus Reyes para conseguirle su bienestar

moral y material, considerase una desgracia su marcha a España, a la muerte de su hermano Fernando VI, ocurrida el 10 de agosto de 1759, aunque ya prevista desde meses anteriores. La noticia del fallecimiento no llegó a Nápoles hasta el 22 de agosto, pues el 21 se hallaban cazando en Prócida SS. MM., sufriendo la Reina la caída del caballo que montaba, accidente a que no se dió importancia, y parece fué después causa de su muerte.

En carta de 28 de agosto de D. Carlos a su madre doña Isabel de Farnesio, que había asumido el cargo en Madrid de Reina Gobernadora, le daba cuenta de la resolución que se veía obligado a adoptar, por la incapacidad de su primogénito el Duque de Calabria, la que tuvo lugar previa la declaración de inhabilidad dada por los médicos. Como aconsejaran también la conveniencia de que continuase viviendo en Italia, a causa del clima, se realizó esto dejándole encomendado a los cuidados del fiel Marqués de Tanucci. Después, el 6 de octubre, víspera de la salida de Nápoles, fué la solemne función de renunciar el Reino de las Dos Sicilias en su tercer hijo el Infante Don Fernando, estableciendo una Junta de Gobierno durante su menor edad (1).

El 11 de septiembre había tenido lugar en la Corte de España la proclamación de sus nuevos Monarcas; el día 19

---

(1) Los números 2 427 y 28 del Museo del Prado representan la renuncia del Rey y la jura de su hijo, copias o repeticiones de otros cuadros de mayor tamaño existentes en el de San Martino de Nápoles.

salieron de Madrid para Barcelona con el fin de esperarlos los jefes de Palacio y personal de la Casa Real, a excepción del servicio de mujeres para la Reina, porque, según había escrito anteriormente D. Carlos a su madre, llevaba María Amalia para sí y sus hijos todas las que necesitaba. Las principales eran: la Condesa de Castropiñano, como Camarera Mayor, a quien profesaba la Reina extraordinaria predilección; la Camarista D.ª Petronila Farias, y la Azafata de las Infantas, D.ª Josefa Nelaton, viuda de un oficial.

Al servicio del Rey y sus hijos embarcaron: el Duque de Losada, Teniente General y Sumiller de Corps; el Marqués de Squilace, Teniente General honorario y Secretario del Despacho; el Marqués Dusmet, Brigadier y Teniente Ayo del Príncipe D. Carlos, y D. Luis Marescoti, Gentilhombre y Teniente Ayo del Infante D. Gabriel.

Once navíos y dos fragatas salieron de Cádiz para Nápoles el 29 de agosto, pero llegaron antes a esa capital D. Pedro Stuart y D. Pedro Reggio con tres navíos. El jefe que mandaba la escuadra era el Marqués de la Victoria, y el barco en que vinieron los Reyes y parte de sus hijos, el *Fénix,* siendo el *Triunfante,* donde hicieron la travesía los Infantes D. Antonio y D. Francisco Javier. Para amenizar el rato tenían lugar ejercicios de marinería, conciertos por los músicos de los guardias, a los que no asistía el Rey, por su poca afición a la música, pero que eran muy del agrado de la Reina, sobre todo cuando tomaba parte un tocador habilísimo de guitarra llamado Neyra.

Arribaron a Barcelona el 15 de octubre, pero no desembarcaron hasta el día 17. Al Marqués de la Victoria, D. Juan José Navarro, en recompensa de este servicio, le regaló Su Majestad su retrato en miniatura en un joyel de brillantes de 3.000 doblones de coste, y al General Stuart, otro parecido.

II

EN ESPAÑA

Al otro día de fondear fueron a besar la mano de los Reyes el Marqués de la Mina, Capitán general de Cataluña; los Duques de Medinaceli y de Medinasidonia y toda la Casa Real, a excepción del Duque de Alba, que, por estar enfermo y con permiso en su palacio de Piedrahita, fué sustituído por el Marqués de Villagarcía en su cargo de Mayordomo Mayor. En tal ocasión se hicieron damas de la Reina a la Princesa Pío y a la Marquesa de la Mina; Grande de España y Sumiller de Corps, al Duque de Losada, y al que desempeñaba este último cargo con Fernando VI, el Duque de Béjar, le nombró el Rey Primer Ayo del Príncipe e Infantes, diciéndole *no podía pagarle de otra forma lo que había cuidado a su hermano en su enfermedad que con entregarle a sus hijos.*

Hasta el día 22, en que salieron los Reyes para Zaragoza, no dejaron de verificarse fiestas, en las que se manifestaba la más cordial alegría por todas las clases sociales conocedoras de las dotes de gobierno desplegadas por el

nuevo Monarca en Nápoles, las cuales se esperaba emplease aquí. Por las noches recorrían la población numerosas y lucidas máscaras, y estando viéndolas la Reina con sus hijos los Infantes D. Antonio y D. Francisco Javier, empezaron éstos a llorar de susto, y como no se calmasen, a pesar de las recomendaciones que se les hicieran, su madre, en el mismo balcón, les alzó las faldas y les propinó unos azotitos.

Llegados a Zaragoza el día 28 y recibidos con el mayor júbilo, tuvieron la contrariedad de que aquella misma noche acometiera al Príncipe D. Carlos fuerte calentura, que se declaró en sarampión, el cual se propagó a la Reina y sus hijos, impidiendo la continuación del viaje hasta el 1.° de diciembre, llegando a Madrid el día 9 del mismo. La entrada pública se difirió hasta una estación más propicia, teniendo lugar el 13 de julio de 1760. Los Reyes habíanse instalado en el palacio del Buen Retiro, y parece que las habitaciones preparadas para la Reina no gozaban de las comodidades a que estaba habituada, siendo frías y sin horizontes; por lo menos, de eso se quejaba ella en la correspondencia semanal sostenida con el Ministro Tanucci, quien les ponía al corriente de cuanto acontecía en Nápoles. Además de esa carta semanal, por mediación del Ministro Wall, encargó la Reina a Tanucci le escribiese otra a ella con todos los detalles de interés, la que debía mandarla por Paglia, Secretario del Príncipe Yacci, Embajador de las Dos Sicilias en Madrid. Esas quejas y el estado de tristeza y melancolía en que se hallaba indudablemente

tenían por causa su mal estado de salud, debido a los continuos catarros padecidos, principalmente en Caserta, a fines de 1758 y principios del siguiente, acompañados de dolor de costado y vómitos de sangre, a lo que se unía una enfermedad al hígado. La dureza del clima de Madrid pasada en un palacio de paredes endebles le hacía añorar su reino de Nápoles, al que designaba con el nombre de *pupilas de mis ojos*, llegando, y no sin razón, a juzgar inferior, hasta en sus frutos, el Real Sitio de Aranjuez, comparándolo con los de Portici y Caserta.

Contribuía tal vez a su descontento las escasas simpatías sentidas hacia D.ª Isabel de Farnesio, por su genio dominante y un tanto acaparador del cariño de su hijo el Rey Carlos, que si estaba justificado, por los muchos años en que se vió privada de su presencia, mermaba un tanto la compañía del esposo y acaso también su íntima unión y consejo. Tampoco la agradaban el carácter de los españoles ni el espíritu de sus mujeres, que juzgaba aficionadas a la intriga; ni aun sus diversiones, a excepción de las corridas de toros, cosa verdaderamente extraña, dados sus sentimientos humanitarios, bien pronto demostrados a su llegada a Madrid, pidiendo toda la ropa de lienzo que se encontraba maltratada, la que, entre las servidoras, sus hijas y ella misma, deshilaron y luego envió al hospital, para la asistencia de los enfermos.

Con motivo de la solemne entrada de los Reyes en la capital, hubo fuegos artificiales, representaciones cómicas en el coliseo del Buen Retiro, corridas de toros y moji-

ganga de más de 200 parejas, verificándose el día 19 el juramento del Rey y el reconocimiento de su hijo Carlos como Príncipe de Asturias. Pasadas estas fiestas, partió la real familia para La Granja, empezando allí tales alteraciones en la salud de la Reina, que les obligó a restituirse a la corte, donde llegaron el 12 de septiembre, y aunque al principio se inició una mejoría, volvió a recaer, debilitándose tan rápidamente, que el 27 del mismo mes, a las tres y media de la tarde, entregó su alma a Dios con una resignación ejemplar, antes de haber cumplido el año de su llegada a España y de los treinta y seis de su edad. Al noticiar al Rey tan triste suceso, parece que exclamó: —«¡Este es el primer disgusto que me ha dado en veintidós años de matrimonio!»

A partir de esa fecha, la vida del Monarca se ajusta a un horario casi invariable, donde sólo tenían cabida prácticas religiosas, la familia, los negocios de Estado y la caza, su única pasión. La mujer desapareció por completo de su imaginación, aunque sólo contaba entonces cuarenta y cuatro años, y de haberle sido propuesto en varias ocasiones tomar nuevo estado. El Conde de Fernán Núñez, muy enterado de sus costumbres, nos cuenta con detalle cuáles eran éstas, sus inocentes bromas, sus preferencias, su buen corazón y sencillez, así como los días casi fijos que había establecido de salida de Madrid, donde sólo permanecía unos setenta días al año, para trasladarse al Pardo, Aranjuez, El Escorial y San Ildefonso.

Al fallecer la Reina quedaban vivas dos hijas y seis

LÁMINA X.

S. A. R. la Infanta D.ª María Josefa.

Oleo, por Antonio Rafael Mengs.

hijos. La mayor, D.ª María Josefa Carmela (lám. X), había ya cumplido los diez y seis años, y no era tan fea y contrahecha como dice el P. Coloma (1), ni había sido imposible encontrarla un marido que la igualase en rango, porque, aparte el proyecto de casarla con Luis XV al empezar el año 1774, cuando aun no tenían sucesión ninguno de sus tres hijos, proyecto que no disgustó a Carlos III, y tenía por garantía la virtud y dulzura de carácter de la Infanta (2), poco tiempo después se pensó en unirla con su tío el Infante D. Luis, de quien era amada por su buen corazón y excelentes cualidades; pero cuando ambos estaban ya conformes y contentos, de un día a otro mudó de opinión la Infanta, por hablillas llegadas a sus oídos de que podría perjudicarla cierta enfermedad antes padecida por su futuro.

Como hermana mayor, debió ocuparse de los pequeños

(1) *Retratos de antaño*, tomo I, pág. 287.

(2) Según carta del Ministro de Estado Grimaldi al Conde de Aranda de 12 de abril de 1774, se remitió a París un retrato de esta Infanta con objeto de conocerla. La finalidad de este proyecto era el separar a Luis XV de su favorita la Du Barry.

Lámina X.—Este retrato pintado al óleo por Mengs se guarda en la actualidad en las Salas Capitulares del Monasterio del Escorial, y aunque ya había pasado de la infancia, pues representa diez y ocho o veinte años, era un escalón necesario entre el de muy niña, en forma de corazón, anteriormente reproducido, y el de todos conocido por lo estrafalario con los parches de tacamaca en las sienes y al parecer de mucha edad, cuando sólo contaba cincuenta y seis años, que figura en «La familia de Carlos IV», por Goya, de nuestro Museo del Prado.

desde que regresó a su país la Duquesa de Castropiñano, siendo de todos apreciada y querida, a excepción, según parece, de su cuñada la Reina María Luisa, que, muchos años después, en carta a Godoy de 11 de agosto de 1800, escribía: «Muy bien has hablado y aconsejado a Antonio, pero dudo lo siga; pues es tonto y, de consiguiente, terco; con malos consejeros, que son los del campo y criados bajos, y su hermanita la tía Pepa, que no es suave ni temporizadora, sino un agraz...» (1). Hasta su muerte, ocurrida el 8 de diciembre de 1801, vivió en el Palacio Real con su hermano Carlos IV, muy dedicada a la religión y protegiendo especialmente a las Carmelitas, en cuyo convento de Santa Teresa dispuso fuese enterrada, como se verificó, siendo trasladada en 1877 al panteón de Infantes del Real Sitio de San Lorenzo, donde desde entonces reposa.

La Infanta María Luisa, un año y cuatro meses más joven que su hermana, antes de la salida de Nápoles, tenía concertado su matrimonio con el Archiduque Pedro Leopoldo, Duque de Toscana, segundo hijo de María Teresa de Austria y de su esposo Francisco de Lorena, pero la delicada salud del prometido hizo se demorase, no verificándose hasta el año de 1765. Por muerte de su hermano, el Emperador José II, heredó la corona de Austria en 1790, con el nombre de Leopoldo II, pero sólo la ciñó dos años

---

(1) Marqués de Lema, *Antecedentes políticos y diplomáticos de los sucesos de 1808*. Tomo I, nota de la pág. 38.

escasos, falleciendo también un par de meses más tarde, en 15 de mayo de 1792, su mujer María Luisa. De esta Infanta existe un retrato de medio cuerpo en el Museo del Prado, el núm. 2.199, pintado por Mengs, que no se reproduce por haber pasado con mucho la adolescencia.

Del varón primogénito, D. Felipe Pascual, ya dijimos fué incapacitado antes de venir sus padres a España, y que quedó encomendado en Nápoles al Marqués de Tanucci. Tenía entonces doce años. Por datos encontrados en el Archivo del Real Palacio (1), en 1.° de octubre de 1759 se le señalaron como alimentos 165.000 escudos anuales, con lo que sobraba para atender a todos los gastos de la casa, caballeriza, oratorio, etc. Esa cantidad fué administrada al principio por su Ayo el Príncipe de San Nicandro, y después por Tanucci, en *confuso,* con la asignación a la Real Casa de Nápoles, hasta el año 1774, en que disgustado Carlos III de la conducta poco seria de su hijo el Rey Fernando y de su esposa, empezaron a separarse ambos patrimonios, quedándolo del todo en septiembre de 1775, con división no sólo de casa, que se puso a S. A. independiente desde 1.° de julio, sino de intereses, a fin de que el sobrante se depositase en uno de los Bancos de aquella capital, a disposición del Rey de España, y no, como anteriormente, a la del de Nápoles. Según un inventario, tenía destinado D. Felipe Pascual cuarto en Portici y en Caserta, así como en Nápoles, compuesto éste de seis estancias, y

(1) Sección histórica.—Príncipes de Asturias.—Legajo 1.°

en esos sitios gozaban, por sus cargos, alojamientos el Gobernador Filangieri y el Médico de Cámara.

Las medidas adoptadas por Carlos III, en relación con la asistencia de su primogénito, debieron agriar la armonía entre el Rey de Nápoles y Tanucci, por ser éste el conducto fiel por donde su padre tenía noticia de lo que ocurría en aquella Corte, y llegó a tal punto su enemistad, que Tanucci fué exonerado en 1776. A causa de esa tirantez y temiendo al contagio, cuando el Príncipe D. Felipe cayó enfermo y se le declararon unas viruelas, el 13 de septiembre de 1777, su hermano Fernando salió con su familia de la capital y se trasladó a Caserta. Le asistieron el Médico de Cámara, D. Francisco Serao, y D. Domingo Falía, que lo era del Rey, los cuales no consiguieron detener los progresos del mal, falleciendo el día 19 del mismo mes. El cadáver fué embalsamado por los Cirujanos D. Francisco Carlino, D. Alejandro Catani y D. Domingo Ferrara y el Médico D. Ignacio Portulani, siendo depositado en la capilla del Real Monasterio de Religiosas de Santa Clara, donde ya estaban enterradas sus hermanitas, haciéndose una obra que ascendió a 8.200 ducados, *para que se conservasen con decencia.*

Siguiendo una antigua costumbre, solicitaron las monjas se les entregase la colcha o paño del funeral, o su equivalencia en dinero, que en este caso ascendió a la cantidad de 2.000 ducados.

Dada cuenta por Tanucci de las medidas adoptadas, fueron todas aprobadas por Carlos III, quien ordenó que-

dara la servidumbre del Príncipe con el sueldo entero y se les repartiera los vestidos, blanquería y muebles, como armarios, mesas, etc., y se hiciese un detallado inventario, donde figuraban 34 caballos y 4 carrozas, que se entregaron al Caballerizo Mayor del Rey de Nápoles, para su servicio, y entre las principales alhajas, un Toisón grande, otro mediano, una cruz de San Jenaro, una sortija con un brillante grueso rodeado de 15 más chiquitos, un juego de botones, botón y ojal de brillantes para el sombrero y una caja o tabaquera de oro esmaltada con piedra de lapislázuli y flores hechas con brillantitos. Se acompañó con el inventario remitido a Madrid el dibujo de estas joyas, que se conserva en el Archivo, especificando en cada una el número, peso y calidad de las piedras, siendo valoradas por el joyero Sáez en cinco mil cuarenta y cuatro y medio doblones. Carlos III dispuso se entregasen, en prueba de lo satisfecho que se hallaba de sus servicios, a Tanucci, la sortija, y a Filangieri, la tabaquera, los botones de oro y un juego de hebillas.

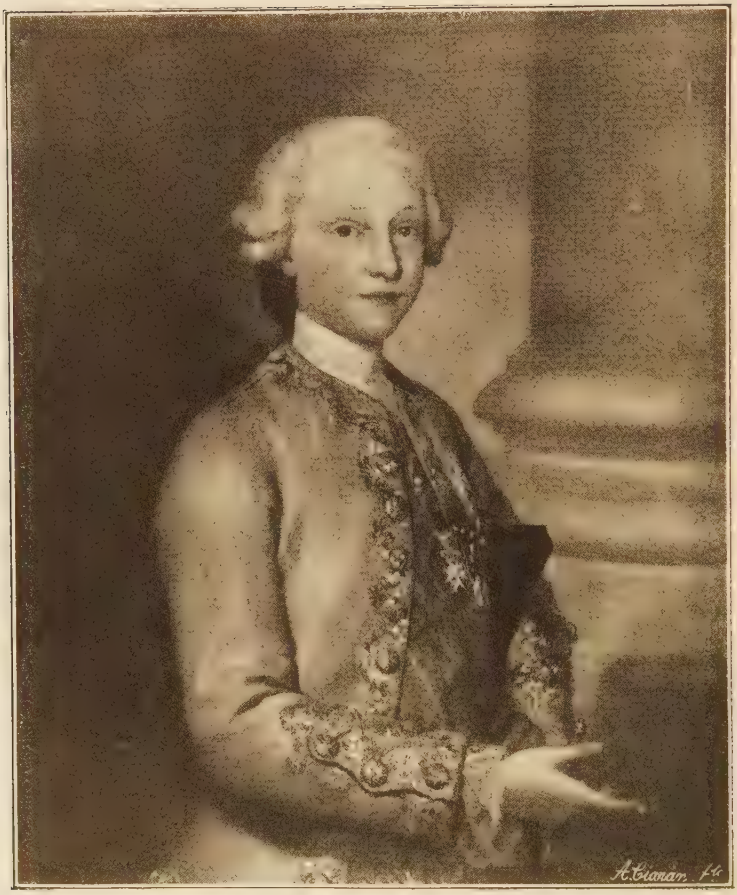
Muerto el Príncipe D. Felipe, aun quedó Tanucci con el encargo de pagar las limosnas que dejaron asignadas Carlos III y su esposa, como algún otro de particular confianza, así, el de la obra del depósito de los cadáveres de los Infantes hijos de S. M., pues en septiembre de 1780 participaba su terminación tan primorosa, que dice se reputaba como el mejor ornamento de la iglesia de Santa Clara, la que fué dirigida por el Arquitecto D. Fernando Fuga, viejo octogenario y uno de los más célebres arqui-

tectos del siglo, por lo que se le concedieron 1.500 ducados napolitanos por una sola vez. Tres años después, en 29 de abril de 1783, y a los ochenta y cinco y medio de edad, falleció Tanucci, causando gran pena a Carlos III la pérdida de tan inteligente y fiel servidor.

Poco hemos de añadir a lo ya escrito sobre el Infante D. Fernando, tercer hijo varón de Carlos III, a quien antes de su venida a España había dejado el trono de Nápoles, cuando sólo contaba algo más de ocho años, formando un Consejo de Regencia, durante su menor edad, con el Príncipe de San Nicandro, el Marqués de Tanucci, don Antonio del Río y D. Carlos de Marco, Secretarios de Estado, Guerra y Marina y Gracia y Justicia, los tres últimos, respectivamente. Este Consejo duró ocho años, pues, según la costumbre de la Casa de Borbón, a los diez y seis debía terminar la minoría. Habíase convenido por su padre el matrimonio de Fernando IV de Nápoles con la Archiduquesa María Josefa, hija de Francisco I y de María Teresa de Austria; pero habiendo muerto en Viena esta Princesa, a consecuencia de las viruelas, el Duque de Santa Elisabeta, Embajador en aquella Corte, pidió la mano de otra hermana, la Archiduquesa María Carolina (13 agosto 1752 † 8 septiembre 1814), y, siéndole concedida, tuvo lugar el matrimonio en Caserta el 12 de mayo de 1768.

Parece que antes del año, el juego, los paseos nocturnos por aquel mar incomparable y las preferencias entre sus amistades y servidores perturbaron la paz que prometía tal enlace. Según Fernando, era principalmente la causa

LÁMINA XI.



S. A. el Príncipe de Asturias D. Carlos.

Oleo, por Mengs.

Número 2196 del Catálogo del Museo del Prado.

Lámina XII.

S. A. el Príncipe de Asturias D. Carlos.

Pastel, de la Escuela de Mengs. (Museo del Prado.)

Lámina XIII.

S. A. el Príncipe de Asturias D. Carlos.

Pastel, de la Escuela de Tiépolo. (Museo del Prado.)

de estos males su esposa, pero Carlos III creía promotor de ellos a su amigo y consejero Acton. Prueba plena del desacuerdo de estos Reyes es que, fallecida María Carolina en septiembre de 1814, a los dos meses se casaba su viudo, morganáticamente, con Mme. de Artano.

Murió Fernando IV el 4 de enero de 1825.

Al tratar del personal que trajeron los Reyes desde Nápoles, hablamos de los encargados del servicio del Príncipe e Infantes. La edad de éstos era: el Príncipe D. Carlos, once años (láms. XI, XII y XIII), y el Infante D. Gabriel, siete; D. Antonio Pascual, cuatro, y D. Francisco Javier, cerca de tres; es decir, venían a formar dos parejas que podían ir unidas en sus estudios. Los dos mayores tenían cada uno su Teniente Ayo: el Marqués Dusmet lo era del Príncipe, y D. Luis Marescoti, de D. Gabriel; cobraban uno y otro 42.000 reales de vellón al año. Como maestros tenían al P. José Barba, con 12.000 reales, quien, a más de profesor, era su confesor, y el Padre Juan Wendlinger, que no debió venir de Nápoles. Estos preceptores, durante las jornadas, tenían de *mesilla* o plus 33 reales diarios. El Infante D. Gabriel contaba, además, para su servicio con un gentilhombre de manga, llamado D. José Ibarburu. Los sueldos mencionados empezaron a cobrarse en 1.° de octubre de 1759, y desde 1.° de diciembre se dió orden de que se asistiera a D. Carlos y a D. Gabriel con 165.000 escudos de vellón anuales, cantidad igual a la asignada al Infante don Felipe, y a D. Antonio Pascual y D. Francisco Javier, con 100 doblones de a 60 reales de vellón mensuales.

Veamos ahora a quién había confiado Carlos III la facultad directiva de la educación de sus hijos. A su llegada a Barcelona había dicho al Duque de Béjar «no podía pagarle de otra forma lo que había cuidado a su hermano en su enfermedad», lo cual indica no le concedía el cargo por sus condiciones de inteligencia o de cultura, sino por su adhesión al trono y bondad, pues sabido es que en los últimos meses de la vida de Fernando VI habían tenido que soportar sus familiares, por su estado mental, toda suerte de excentricidades y actos contrarios a la pulcritud, de la que en plena salud fué tan esclavo siempre. De todo eso estaba enterado perfectamente Carlos III, entre otros, por Béjar, pues sostuvo con él una continua correspondencia durante la enfermedad. ¿No influiría acaso en ese nombramiento el querer dar el cargo de Sumiller de Corps, desempeñado por Béjar, al Duque de Losada, D. José Fernández de Miranda, por quien tanta afección demostró, pues como Gentilhombre de Cámara le había acompañado desde Sevilla cuando embarcó para Italia, siendo mozo, no separándose nunca de su persona? En aceptar, por su parte Béjar, tan delicado cometido, ¿influirían las circunstancias de su vida en aquel entonces? ¿Cuáles eran éstas?

D. Joaquín Diego López de Zúñiga y Sotomayor había nacido el 28 de abril de 1715, y fué conocido durante mucho tiempo por el título de Conde de Belalcázar, hasta que heredara de su padre el Ducado de Béjar. Tuvo por preceptor al hombre más bueno, candoroso y trabajador de su época, el ilustre bibliotecario de Palacio D. Juan Iriarte

(1702 † 71), que conocía las lenguas antiguas y modernas y era respetado por su talento y grandes virtudes. Por entonces, gracias al Padre Feijóo, autor del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas,* a D. Melchor Macanaz y a Mayans, empezaron a desterrarse las vulgares preocupaciones, las absurdas tradiciones, el atraso de la enseñanza y el pedante escolasticismo, que habían obscurecido las ideas y desfigurado la verdad, y en la literatura, tras un período deplorable, en que la musa castellana agonizaba víctima del conceptismo del siglo XVII, Luzán, educado en Italia e influído por la escuela clásica, recién creada en Francia al calor del criterio mezquino de Boileau, que consideraba como principal elemento poético el simbolismo pagano e indispensables ciertas formas, dió a luz su *Poética.* El examen crítico de esta obra, que publicó el *Diario de los Literatos,* fué en parte escrito por Iriarte, que defendía a Góngora y a Lope de Vega de los ataques de Luzán, por no sujetarse Lope a las reglas de Aristóteles. Muchas de las máximas que los preceptistas establecían por leyes generales de la razón en punto a dramática las consideraba Iriarte no más que fueros del genio y gusto de cada siglo y de cada nación. Las investigaciones bibliográficas y las tareas literarias formaron la principal ocupación de su vida, teniendo una afición preferente por los epigramas, que unas veces traducía del griego o del latín y otras eran originales, caracterizándose entonces por su falta de intención, demostrativa de una ingénita bondad. Recordemos entre los traducidos uno célebre y muy conocido:

«El Sr. D. Juan de Robres,
Con caridad sin igual,
Hizo este santo hospital,
Y también hizo los pobres.»

Original, y de los más graciosos, es este otro:

«Es más negro que un tizón
El marido con quien casa
La lavandera Tomasa.
¿Si querrá darle un jabón?

En la noticia de su vida, inserta en la publicación hecha en 1774 de sus obras sueltas, costeada por gran número de aristócratas (1), se cuenta que, para no fastidiar a su joven discípulo, el Conde de Belalcázar, en el estudio de las reglas gramaticales, empezó a instruirle en la conversación mediante la versión alternativa del latín al castellano y viceversa, a lo que agregaba el hablarle siempre en aquel idioma, con lo cual consiguió que compusiera con facilidad y gusto en él, y aun lo hablara corrientemente.

Con el mismo objeto inventó Iriarte un ingenioso juego, que tituló *Juego gramático,* que tenía semejanza al de la Oca, en el cual se ejercitaban los discípulos ya bastante instruídos, sin que les fuera ingrato el trabajo.

Sin completar su educación literaria, y cuando sólo te-

(1) Consta de dos tomos, compuestos en la imprenta de Francisco Manuel de Mena, y en el primero se incluyó su retrato, dibujado por Maella y grabado por Carmona. Entre los suscriptores figuran los Infantes D. Gabriel, D. Antonio y D. Luis, el Duque de Béjar y el de Alba, D. Fernando de Silva, de quien también fué preceptor.

nía diez y ocho años, se concertó el matrimonio del Conde, viviendo aún su padre, con la Princesa Leopoldina de Lorena, de la Casa de los Príncipes de Pons, en Francia, enlace que se disolvió y dió por nulo, después de veinticuatro años de haberse verificado, fundándose tal resolución en la antipatía que no había podido vencer la esposa y no haberse consumado aquél. Este suceso tuvo lugar en 1757, y dió motivo a sinnúmero de hablillas y conjeturas, de las que se hizo eco el Duque de Luynes en sus *Memorias* (1). Pero lo más extraño del caso era haber tratado siempre Béjar de hacer dichosa a su mujer y la intimidad en que vivían. Se quiso atribuir el comportamiento del Duque a un mal entendido principio de devoción; pero entonces no se habría obstinado, como lo hizo, en conseguir autorización del Papa para volver a casarse, como lo efectuó, entre 1557 y 67, con D.ª Escolástica Gutiérrez de los Ríos, hermana del Conde de Fernán Núñez, de quienes había sido tutor por orden de Fernando VI, y era su primera mujer lo que se llama en Francia tía a la moda de Bretaña. De D.ª Escolástica y sus virtudes habla mucho el P. Coloma en *Retratos de Antaño*, como compañera de la niñez de la Duquesa de Villahermosa, y su mejor amiga, pues estuvieron internas en el convento de las Salesas Reales. La *Gazeta* consigna la fecha de 5 de octubre de 1782 (2) como la de su muerte, ocurrida a los treinta y

(1) Tomo XVI, pág. 217 (miércoles 26 de octubre de 1757).

(2) Béjar había fallecido en 10 de octubre de 1777, y fué sepultado en el Real Oratorio de San Felipe.

cinco años, siete meses y veinticinco días, así que debió nacer hacia el 10 de febrero de 1747, y, por tanto, su boda aproximarse más al 1767 que a 1757, no pudiendo asegurarse nada, por tratarse de una época en que eran llevadas al altar muchas mujeres cuando no habían entrado todavía en el período de la pubertad.

Se asegura que el carácter de Béjar era melancólico, y su salud, poco fuerte, cosa explicable en un hombre de vida privada tan anormal y contradictoria. Su cuñado Fernán Núñez, al hablar de él, decía casi siempre *el pobre Béjar,* sin duda, compadeciéndole; pero no faltarían los que recordasen burlonamente que en la Academia del Buen Gusto, que actuó de 1749 a 51, presidida por D.ª María Josefa, Condesa viuda de Lemos, después Marquesa de Sarriá, hermana de Béjar, firmaba éste sus trabajos literarios, como el soneto «La Soledad», imitación de Séneca, y el romance «Contra la vanidad o soberbia», con el seudónimo de «El Sátiro», lo que verdaderamente resultaba paradójico.

Las fechas demuestran que al confiarle el Monarca el cuidado de sus hijos en octubre de 1759, se hallaba Béjar en una difícil situación ante la Corte, que no sabía apreciar su excesiva religiosidad y continencia, virtudes que si complacían al Rey, y supo transmitir a los Infantes, iban unidas a otras cualidades que podían ser peligrosas, como consecuencia de ciertos estados del espíritu poco en armonía con los consejos que Saavedra Fajardo, en

Educación del Príncipe (1), dejó impresos: «No puede un ánimo abatido encender pensamientos generosos en el Príncipe». «El maestro se copia en el discípulo y deja en él su retrato y semejanza suya», verdad es que tampoco puso en práctica Carlos III, por falta de deseos o de tiempo, el que dice: «¿Quién sino el Príncipe podrá enseñar a su hijo a representar la majestad, conservar el decoro, mantener el respeto y gobernar los Estados?» La inobservancia de tales consejos con los Infantes, en más de una ocasión les puso en ridículo, pues se olvidaron de que para vivir en el mundo son necesarias cierta viveza y malicia, que si falta a la juventud debe enseñarla la experiencia. Todos esos rasgos de Carlos IV que se citan por inocentes tienen por origen la educación de Béjar. El sueldo de que gozaba éste por su cargo ascendía a 12.000 escudos de vellón al año, a razón de 30.000 reales por cada uno de los cuatro Infantes, así que al morir el menor, don Francisco Javier, en 1771, le fué descontada la parte correspondiente.

En papeles del Archivo de la Real Casa (2) se encuentran algunas noticias que merecen anotarse, no sólo por su curiosidad con relación al asunto objeto de estas líneas, sino por precisar el arranque de ciertas aficiones cultivadas después con verdadero entusiasmo. Entre las prime-

(1) De la obra *Idea de un Príncipe político-cristiano*, muy reputada entonces.

(2) Sección histórica. Infantes de España. Legajo 1.º

ras citaremos la orden de entregar, en febrero de 1761, cien doblones de oro de gratificación al Correo francés que trajo los *Santispiritus* para el Príncipe e Infante D. Gabriel. En 3 de septiembre de 1762, el nombramiento de un nuevo maestro, el P. Antonio Zacañini, de la Compañía de Jesús, profesor de Física experimental en el Real Seminario de Nobles de esta Corte, a quien se abonarían los mismos 12.000 reales que tenía asignados el P. Wendlingen y las mesillas de jornada, y en mayo de 1763, el pago de reales 5.576 y 26 maravedises por dos relojes lisos de oro de Clicot para los mismos Príncipe e Infante, traídos de Londres. Entre la segunda categoría de datos se halla la mención de las gratificaciones entregadas a los músicos D. Gabriel Terri y compañeros que tomaron parte en las funciones y academias celebradas en el cuarto de SS. AA. desde el día 3 al 20 de noviembre de 1762, durante la jornada de El Escorial, que solía durar del 7 u 8 de octubre hasta fines del mes siguiente. Allí empezó, sin duda, la vehemente pasión que por la música sintiera el Infante D. Gabriel (láms. XIV, XV y XVI), hijo predilecto de Carlos III, a causa de su inteligencia y amor al estudio, lo cual era lógico ocurriese teniendo un alma sensible, y por maestro en aquel monasterio a un frailecito jerónimo, el P. Antonio Soler, con tal devoción a la musa Euterpe, que era difícil no la comunicase. En el manuscrito inédito titulado *Memorias sepulcrales del Real Monasterio de San Lorenzo,* tomo II, folios 294 v.°, 296 recto, está su biografía, que por su interés voy a trascribir, gracias a la amabilidad del agustino P. Zarco:

Lámina XIV.

S. A. el Infante D. Gabriel.

Oleo, por Mengs.

Número 2187 del Catálogo del Museo del Prado.

S. A. el Infante D. Gabriel.

Pastel, de la Escuela de Mengs. (Museo del Prado.)

S. A. R. el Infante D. Gabriel.

Pastel, de la Escuela de Tiépolo. (Museo del Prado.)

«Era natural de Olot de Porrera (Gerona). Crióse desde los seis años en el Monasterio de Monserrat, donde aprendió música, órgano y composición, y salió tan adelantado, que, mediante oposición, obtuvo el magisterio de capilla de la Santa Iglesia de Lérida, hallándose allí Fray Sebastián de Victoria, Obispo de Urgel, Prior que había sido del Monasterio de San Lorenzo. Este señor le ordenó de epístola, y preguntándole si habría algún chico que inclinase a ser religioso en El Escorial y fuese organista, respondió que allí estaba él, que deseaba retirarse del mundo y tomar el hábito, lo que verificó en 25 septiembre 1752. Era tanta su afición a la música, que era incansable en el estudio del órgano y composición, no gustándole salir al campo ni a diversión alguna, logrando por su habilidad y mérito ser conocido por toda la Europa. Daba lección de clave al Infante D. Gabriel todas las jornadas que vino la Corte a El Escorial, y le compuso a S. A. mucha música especial, a juicio de los inteligentes, como correspondía a una persona real, y que lo habían de ver y oír tantos facultativos, por cuyo trabajo le daba S. A. todos los años 25 doblones para sus urgencias religiosas. Fué muy amante de la celda, no saliendo de ella más que los momentos más precisos; no le gustaba la conversación y dormía poquísimo, de doce o una de la noche a cuatro o cinco de la madrugada, en que se levantaba a decir misa. Solía repetir con frecuencia lo primero que oía o le contaban, sin pensar el fin particular que llevaban, malicioso o lisonjero, ni advertir quiénes eran; pero en cuanto conocía

se había excedido en alguna acción o palabra, al punto pedía perdón.

Cumplió treinta y un años de hábito, que es bastante, dado al mucho encierro y estudio de día y de noche, pues aunque bajaba a la granja, lo hacía a la fuerza y llevaba las cosas necesarias para escribir y trabajar.

Deseando complacer al Infante D. Gabriel, emprendió la ejecución de un instrumentillo pequeño, cuadrado, con su secreto o teclas y cuerdas de clave correspondientes, al que llamó *Afinador* o *Templante*, cosa que habían emprendido más de una vez en Italia, y parece que también los franceses e ingleses, pero sin éxito, pues consistía en hacer demostrable y exactísimo el tránsito de un semitono menor, mayor y la distancia de un tono, dividiéndole en 20 décimas partes y dándole precisamente a cada uno puntualmente lo que le correspondía, aunque imperceptible a nuestro oído, pues dividido un tono en nueve partes o comas de que consta, no hay oído tan fino que pueda afinarlo, ni menos distinguirlo, y, por tanto, a juicio de los inteligentes, era un imposible o raya en ello; mas su gran aplicación e investigación infatigable hizo que saliese con ello y se tuviese por original. Dejó dos concluídos: uno, que conserva el Sr. Infante, y el otro, el Excmo. Sr. Duque de Alba.

Fué su tránsito a 20 de diciembre de 1783.»

Este documento bien claro nos pone de manifiesto la parte que tomó el P. Soler en la poco conocida educación

musical de D. Gabriel, quien, siendo ya hombre, interpretaba, acompañado de otros aficionados, como el Duque de Alba y de profesionales, las composiciones que el Maestro de Capilla le dedicaba, conservadas aún en el Archivo del Monasterio, en la *Casita* llamada de *Arriba,* que, como la conocida con el nombre de *Abajo* o del *Príncipe*, construyera para D. Gabriel y D. Carlos, respectivamente, el arquitecto Juan de Villanueva por los años 1768 a 72, donde anteriormente existían unas barracas, utilizadas para gallineros. La disposición en la Casita de Arriba de su sala central abovedada, con divanes para los oyentes, y de las pequeñas habitaciones con ventanas a ella y al jardín, en el piso superior, donde se colocaban los ejecutantes, demuestran el destino para que fué hecho ese edificio, de tan elegantes líneas dentro de la sencillez clásica, evocador de las agradables tardes que transcurrirían allí entre el encanto del concierto y los refinamientos de la merienda servida en la mesa de piedra, que todavía, en la actualidad, desafía los ultrajes del tiempo.

Muy diferentes fueron los goces a que se entregaban sus hermanos (1), siéndoles preferidos los ejercicios corporales en los variados talleres de la Casa Real para la construcción de muebles y otros objetos; en la equitación, encomendada a maestros y picadores competentísimos en la antigua escuela española, que tan gallarda muestra dieron

(1) De Carlos IV escribe Goya A. Zapater que en una visita que le hizo, después de saludarle y preguntarle por su hijo, se puso a tocar el violín.

de bizarría en las fiestas de parejas que en diferentes ocasiones se verificaron en Aranjuez, siendo dirigidas por el Caballerizo Mayor y diestro jinete el Duque de Medinasidonia (1), y en las cacerías casi diarias de su padre en los Sitios Reales, a donde le acompañaban desde que tuvieron edad para hacerlo. Su Ayo, el Duque de Béjar, para complacerlos, organizaba también, con alguna frecuencia, batidas en una finca suya inmediata a El Pardo, denominada La Moraleja, que, por no estar cercada, solía servir de refugio a las reses acosadas con encarnizamiento en aquel monte, recordando que su padre tenía igual costumbre, como lo demuestra un lienzo de bastante tamaño, hasta hoy olvidado en una antesala de las habitaciones de la planta baja del Palacio Real. Según inscripción pintada en el cuadro, esa cacería se efectuó el 7 de octubre de 1729, y a ella concurrieron Fernando VI, en aquel entonces Príncipe de Asturias, de diez y seis años; el Infante D. Carlos (Carlos III), de trece; Marianina, de once; el Infante don Felipe, de nueve; el Duque de Béjar y su hijo Belalcázar y varios invitados, entre ellos la Duquesa de Osuna, próxima parienta.

En la *Gazeta* de 1.° de marzo de 1768, con su estilo protocolario, se inserta el relato de una de las cacerías de Béjar. Dice así:

---

(1) Una de ellas, verificada en la primavera de 1773, es el tema del cuadro de Paret y Alcázar, que con el número 1.044 se conserva en el Museo del Prado.

«Cuenta de una de las fiestas campestres celebradas en *La Moraleja*.»

«Continuando los Príncipes nuestros Señores y los Señores Infantes e Infanta, sus hermanos, en dar pruebas al Duque de Béjar, Mayordomo Mayor del Príncipe, y Ayo de los Señores Infantes, del honor y estimación con que le distinguen, pasaron el día 13 de febrero al Sitio y Casa de La Moraleja, propio del Duque, en el que luego que el Príncipe y el Señor Infante D. Gabriel se retiraron de la batida y ojeos que estaban prevenidos para la diversión de la caza (que lograron SS. AA. en grande abundancia), se dió principio a un bayle, que duró hasta las siete de la noche, con asistencia de un crecido número de Señoras y Señores Grandes y Embajadores, que convidó el Duque para que le acompañasen a este Real obsequio. Concluído el bayle, cenaron SS. AA. en la espléndida y delicada mesa que estaba dispuesta; y a las ocho en punto se restituyeron al Real Sitio de El Pardo, dexando al Duque poseído del mayor gozo y satisfacción con las honras y agradables expresiones que SS. AA. le dispensaron.

»Al mismo tiempo que cenaron SS. AA. lo hicieron las Damas, Gentiles-hombres y demás personas que vinieron y debían volverse con SS. AA., y después los Señores y Señoras convidados en otras varias mesas prevenidas, en que también se admiró la abundancia y buen gusto, reti-

rándose todos muy satisfechos de tan plausible concurrencia y de las atenciones del Duque.»

Cuando tuvo lugar esta cacería, ya hacía dos años y medio que el Príncipe de Asturias había contraído matrimonio, el 4 de septiembre de 1765, no contando aún diez y siete, con su prima hermana María Luisa de Parma, que a la sazón no había cumplido los catorce. Para formar la Casa del Príncipe habíanse nombrado, en 6 de abril anterior, al Duque de Béjar, Mayordomo Mayor; al de Uceda, Sumiller de Corps; al de Medinasidonia, Caballerizo Mayor, y al Marqués Dusmet, Primer Caballerizo. Béjar, sin embargo, continuaba con su antiguo puesto de Ayo de los tres restantes Infantes, al que añadió, en 29 de septiembre de 1766, el de Superintendente general de rentas de encomiendas de la Orden de Alcántara, de la cual había sido nombrado Gran Maestre el Infante D. Antonio Pascual, y el mismo cargo en la Orden de Calatrava, por ser Gran Maestre de ella el Infante D. Francisco Javier, por cada una de las que cobraba 11.000 reales en recompensa al mayor trabajo.

Se juzgó, sin duda, conveniente, dada la aplicación demostrada por D. Gabriel, que en Madrid continuaba estudiando el clave, cuando Béjar dice a 3 de julio de 1765: «Para el clavicordio chico del Sr. Infante D. Gabriel se necesita una cubierta de damasco carmesí guarnecida de oro...», el poner junto a él y su hermano D. Antonio Pascual un literato y humanista de reconocido mérito, y a ese

S. A. el Infante D. Antonio Pascual.

Oleo, por Mengs.

Número 2195 del Catálogo del Museo del Prado.

LÁMINA XVIII.

S. A. el Infante D. Antonio Pascual.

Pastel, de la Escuela de Mengs. (Museo del Prado.)

fin se designó en 7 de agosto de 1767, como preceptor, al sabio canónigo y dignidad de Toledo D. Francisco Pérez Bayer, que ya había desempeñado la cátedra de Hebreo en Salamanca, y varias comisiones, tanto en el Archivo de la catedral de Toledo y en la Biblioteca de El Escorial como en Italia, para atesorar códices, monedas, inscripciones y otros objetos antiguos. Se le señalaron, como alimentos, veinticuatro mil reales (doce mil por cada uno de los Infantes), treinta y tres reales diarios de mesilla en las jornadas, y para los viajes, un coche de seis mulas de collera, tres de paso y tres acémilas, y diariamente un coche con cuatro mulas por la Real Caballeriza.

Parece que, a pesar de su buen deseo, no podía conseguir resultado alguno del Infante D. Antonio Pascual (láminas XVII y XVIII), y para quejarse de su desaplicación, acudió al Rey Carlos III, quien, sin responder al preceptor en derechura, dijo: «Cuando yo era muchacho, mis maestros, que veían mi poco amor al estudio, me amenazaron repetidas veces con que se lo dirían al Rey, mi padre; casi siempre surtía buen efecto la amenaza, pero duraba poco la enmienda; así, determinaron, por fin, quejarse al Rey, y hubo orden de llamarme a su presencia. Dicho se está que yo llegué temblando y del todo sobrecogido. Mi padre, al verme, dijo a mis ayos con grave ademán, que aumentó mi temor: ¿Con que el Infante no quiere estudiar? No, señor—respondieron ellos.—*Pues si no quiere estudiar, que no estudie.* Con esto, volvió la espalda y se fué. Yo, que tal oí, di dos zapatetas en el aire, y desde

entonces no volví a abrir un libro.» El Obispo Taviva contaba esto a propósito de lo difícil que era en España la educación de Príncipes e Infantes (1), y añadía que Pérez Bayer, que había trabajado con fervor hasta allí en educar a los Infantes, se enfrió y les dejó después hacer su voluntad.

Ese juicio de incapacidad y desaplicación no debía alcanzar a D. Gabriel, pues a pesar de maliciarse no haría solo la traducción de *Salustio* (2), publicada en Madrid, en la imprenta de Ibarra, el año 1772, con notas de Pérez Bayer, ya que a los veinte años no es posible se haga un trabajo semejante, hay que suponerle una cultura poco común en el solo hecho de intentarlo. Por entonces, de orden de S. M., emitió Pérez Bayer su parecer favorable sobre la *Gramática latina en verso castellano,* que quería publicar D. Juan de Iriarte, dedicada a Sus Altezas, la que fué costeada por los Infantes D. Gabriel y D. Antonio.

Ignoro cuándo cesó Pérez Bayer en su cargo de Preceptor; pero, según distintos autores, recibió por sus trabajos muchas recompensas de Carlos III, entre ellas la de nombrarle, en 14 de octubre de 1783, su Bibliotecario mayor, al fallecimiento de D. Juan de Santander. También le hizo Caballero de la Orden de su nombre, regalándole el Infante D. Gabriel la cruz correspondiente, con una amatista y brillantes pendientes de una cadena de oro, la cual

---

(1) Villa-Urrutia, *Las mujeres de Fernando VII*, págs. 12 y 13.
(2) Alcalá Galiano, *Historia de España*, tomo V, pág. 309.

colocó por su mano, en 24 de mayo de 1792, sobre el pecho del busto de Santo Tomás de Villanueva, de la catedral de Valencia.

Pesan sobre el Infante D. Antonio Pascual, como ya hemos visto, los más severos calificativos de ineptitud, a pesar de no haberse podido ensayar en su real persona, para ver si daba fruto, la máxima pedagógica, tan en boga en aquella época, de «la letra con la sangre entra». Si su inteligencia no era muy despierta, por lo menos no le gustaba estar ocioso, dando empleo a su tiempo, además de en la caza, en trabajar al torno, bordar, como cuando estuvo con su sobrino Fernando VII en el cautiverio de Valencey, y hasta ocuparse de ciencias, sobre todo de química, para cuyo fin organizó y sostenía en Palacio un laboratorio, donde se practicaron numerosas experiencias y se dieron conferencias por los farmacéuticos más eminentes, a las cuales invitaba el Infante a la familia real y a las personas de mayor relieve de la sociedad madrileña. En una biografía de Fernando VII (1) se dice que a D. Antonio le había conferido la Universidad de Alcalá el grado de Doctor, y que desde entonces, para ridiculizarle, no le nombraba aquél de otra manera que *mi tío el doctor*. Aunque esta referencia no la he visto consignada en otra parte, nada me extraña sea cierta. De su pretendida competencia en química no es prueba la obra que algunos autores le atribuyen, «*Análisis de las aguas minerales y*

(1) *Enciclopedia Espasa*, tomo 23, pág. 865.

termales de Sacedón, que se hizo cuando pasó a tomarlas el Srmo. Sr. Infante en el mes de julio y agosto de 1800 con toda su servidumbre.—Madrid.—Imprenta de D. Fernando Villalpando, año 1801», pues la generalidad opina ser del Farmacéutico de Cámara D. Pedro José Bermúdez, que le acompañó (1).

Tanto el Infante D. Gabriel como D. Antonio no tuvieron consignación fija para los gastos de su bolsillo secreto hasta enero de 1776, en que se dispuso lo fuera de 30.000 reales mensuales, con lo que habían de suplirse las limosnas, diversiones, suministro a los criados enfermos, propinas, refrescos y aun el vestuario de la gente de campo y los ojeadores, cantidad que, por lo que respectaba a don Gabriel, debía entregarse a su primer Gentilhombre de Cámara, y en caso de ausencia, al segundo, y por lo tocante a D. Antonio, a su Teniente de ayo.

Del Infante D. Francisco Javier (láminas XIX y XX), el menor de los hijos de Carlos III, apenas hay mención hasta después de su fallecimiento, ocurrido en Aranjuez el 10 de abril de 1771, a los catorce años de edad, lo que produjo a su padre tan vivo dolor, que no encontró lenitivo hasta el nacimiento de su nieto Carlos Clemente, primogénito de los Príncipes de Asturias, que tuvo lugar en el mes de septiembre. A la muerte de D. Francisco Javier importaba la nómina de sus criados 265.800 reales, y en ella estaban

(1) Véanse *Apuntes para una biblioteca española*, por Maffey y Rua Figueroa, tomo II, pág. 287, y *Bibliografía Hidrológico-Médica española*, por Leopoldo Martínez Reguera. Madrid, 1892. Dos tomos.

Lámina XIX.

S. A. el Infante D. Francisco Javier.

Pastel, Escuela de Tiépolo. (Museo del Prado.)

Lámina XX.

S. A. R. el Infante D. Francisco Javier.

Pastel, Escuela de Tiépolo. (Museo del Prado.)

incluídos el Duque de Béjar, con 30.000; el Duque del Parque, como Teniente ayo, con 42.000, y entre los de menor categoría, el peluquero Marán Blen, con 10.000, y el ayuda de éste, Florentín Noblet, que por los tres Infantes tenía 6.000 reales, y correspondían, por tanto, 2.000 a D. Francisco Javier. Todos estos sueldos ordenó el Rey se satisficieran por su Casa mientras no tuvieran reemplazo o se les dieran otros destinos.

Hablemos ahora un poco de las mejoras desarrolladas por Carlos III, tanto respecto al aseo como del embellecimiento de las poblaciones, principalmente de Madrid, así como de su vida artística. Para llevarlas a término, contó más con los elementos traídos por él del extranjero que con los nativos en España. Palermitano era Sabatini, segundo director de la obra del palacio de Caserta, a las órdenes de su suegro, el célebre Luis Wanvitelli, que lo trazó y dirigió, y al cual se deben las útiles reglas para el alumbrado, los pozos negros y el adecentamiento de las calles, que, por rebeldía en acatarlas, hizo exclamar a Carlos III: «Mis súbditos son como los niños, que lloran cuando los asean». Hizo también Sabatini muchas obras de arquitectura, que aun hoy son modelos de buen gusto, secundándole los españoles Juan de Villanueva, Ventura Rodríguez y Hermosilla, teniendo, por este afán de construir del Monarca, justificación la frase atribuída por unos a Squilace, y a Tanucci, por otros, de que el *mal de piedra arruinaba al Rey*.

En pintura, la escuela francesa, hasta entonces prepon-

derante, pues Felipe V y Fernando VI habían protegido a Luis Miguel Van Lóo, Juan Ranc y Miguel Angel Houasse, fué sustituída por la italiana con Mengs, que hizo venir, en 1761, Carlos III, pues si este pintor no había nacido en la bella Italia, en ella se había formado, copiando los modelos de la escultura clásica. Lo mejor que de él nos queda son, precisamente, la serie de retratos de la familia real, pues al pintarlos se atuvo al modelo, olvidando su falso helenismo.

Poco más tarde, en julio de 1762, llega a Madrid, para trabajar en el nuevo Palacio, el veneciano Juan Bautista Tiépolo, brillante colorista, al que no debe poco D. Francisco Goya, en compañía de sus hijos Domingo y Lorenzo. Al mayor se le ha atribuído la paternidad de los pasteles de tipos y costumbres populares madrileñas, existentes en el Palacio Real, ejecutados de manera primorosa, y, en buena lógica, habría de atribuírsele también la de los retratos de los hijos de Carlos III que, por dicho procedimiento, guarda el Museo del Prado.

Pero ocurre que existen (1) documentos firmados por Lorenzo, cuya copia debo a mi buen amigo el Sr. Méndez Casal, en que, al solicitar el año 1768 plaza fija en Palacio, hace presente que desde 1762 ha servido a S. M. «en un plafon del *Real Palacio y en los retratos de S. A. R. el Príncipe de Asturias, SS. AA. RR. los señores Infantes y Infantas y Sr. Infante D. Luis*». Hay además un oficio

(1) Archivo del Real Palacio, letra T, legajo 8. Personal.

dirigido por el Ayo de los hijos de Carlos III, que dice textualmente:

«El veneciano D. Lorenzo Tiepolo no pudo concluir antes de pasar la Corte a este sitio los retratos del Príncipe S. A. y del Sr. Infante D. Gabriel que de orden de Su Majestad está sacando; por lo que se hace preciso venga a continuarlos y perfeccionarlos en los ratos que tienen SS. AA. destinados para ello; a cuyo fin dispondrá V. S. que en los días que determinare hacerlo, segun la orden que se le de, se le apronte un coche con tiro de colleras para la mayor brevedad, respecto de que ha de volverse a esa Corte en el dia que venga por no haber alojamiento en que pueda estar, de que tambien prevengo al citado D. Lorenzo para que se vea y ponga de acuerdo con V. S. en el asunto. Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años.

El Pardo 10 de Enero de 1763.—*El Duque de Béjar.* Sr. D. Gabriel Benito López.»

¿Estos retratos que hizo Lorenzo estaban pintados al pastel o al óleo? Como hasta ahora no puede precisarse, juzgo más prudente clasificarlos como escuela de Tièpolo, comprendiendo así al trabajo de ambos hermanos.

De la influencia artística de Mengs y sus secuaces Maella y Bayeu, se desliga por completo al final de este reinado el incomparable Goya, ya dueño del favor popular y del cortesano durante el de Carlos IV. Entre los escultores se destacan los hermanos Michel, Francisco Gutiérrez y Carmona, que da a conocer sus «Conversaciones sobre la escultura». Tuvo gran importancia, por los numerosos

artistas que vinieron a España, la traslación de la fábrica de porcelana de Capodimonte, con casi todo su personal, instalándose por el jefe técnico de la manufactura y primer modelador D. José Gricci, de acuerdo con el arquitecto, no lejos del Palacio Real del Buen Retiro, en la plaza donde hoy se levanta la estatua del Angel Caído. En sus primeras nóminas se encuentra constancia del napolitano Jenaro Boltri, venido en 1759, como encargado de dirigir los trabajos de los aprendices pintores, el que llegó a estar considerado como el primer retratista en miniatura de Madrid, discípulo, según Cean Bermúdez, en Nápoles, de Francisco Tomachello, el cual, a su vez, lo fué de Solimena.

Iba pasando el tiempo y ni el Infante D. Gabriel, con cerca de treinta y tres años, ni D. Antonio Pascual, próximo a cumplir los treinta, habían tomado estado; tal vez el primero por ser en demasía inteligente y estar ocupado siempre con sus aficiones de arte y literatura, que le valieron ser nombrado Académico de Mérito de la de San Fernando y figurar después entre las autoridades de la de la Lengua; y el segundo, por bonachón y no gustarle salir de aquel estado de pasividad y bobería que tanto le criticaron. Pero llegó el momento en que el Rey creyó conveniente, para los intereses del Estado, una doble boda, que negoció secretamente con su hermana la Reina Regente de Portugal, por intermedio del Conde de Fernán Núñez, como Embajador extraordinario, y se concertaron los enlaces de la Princesa D.ª María Ana Victoria, hija

mayor de los Reyes de Portugal, con el Infante D. Gabriel, y el de su nieta Carlota Joaquina, con el Príncipe del Brasil D. Juan. A D. Gabriel se le concedió, para sí y sus sucesores, la administración perpetua del Gran Priorato de Castilla y de León en la Orden y Hospital de San Juan de Jerusalén, y además de los alimentos de Infante, gozar de cuarto en Palacio, mesa y caballeriza, y su esposa de 50.000 ducados al año, para sus gastos de Cámara. Se nombraron para Mayordomo Mayor de su casa al Marqués de San Vicente, que era Gobernador del cuarto de S. A., y como Camarera Mayor de D.ª María Ana Victoria, a la Marquesa de San Juan, viuda de Bélgida y Mondéjar. Existe relación de estos casamientos (1), teniendo lugar el del Infante D. Gabriel en Aranjuez el día 23 de mayo de 1785. A pesar de la diferencia de edades de este matrimonio, pues la esposa era diez y seis años menor, se consideraban felicísimos, y habían tenido ya un hijo, cuando, estando de sobreparto de otro, le acometieron unas terribles viruelas, que en el espacio de diez y ocho días acabaron con la vida de la madre, del hijo y del marido, que se contagió por no haber consentido en separarse de ellos. La muerte de D. Gabriel ocurrió el 5 de noviembre de 1788, en la Celda Prioral del Monasterio de El Escorial, y al tener

(1) Memorias históricas de los desposorios, viajes, entregas y respectivas funciones de las Reales bodas de las Serenísimas Infantas de España y de Portugal la Sra. D.ª Carlota Joaquina y la señora D.ª Mariana Victoria en el año de 1785. Escritas en el siguiente de 1876, por D. Bernardino Herrera.

Carlos III noticia del suceso, doblegado por la más honda pena, exclamó: «¡Gabriel ha muerto, yo le seguiré pronto!» Efectivamente: vaticinó bien; el 14 de diciembre pagó su tributo a la Naturaleza, pues existen cariños que son la razón de una vida.

Pasaron todavía siete años sin que se celebrara el matrimonio del Infante D. Antonio Pascual, teniendo lugar el 25 de agosto de 1795, con D.ª María Amalia, hija segunda de su hermano el Rey Carlos IV, que es quien concertó el enlace, sin fijarse en la diferencia de edades, que en este caso era de veinticuatro años, y sólo atento a las conveniencias de clase y de familia, siempre difíciles de armonizar, tratándose de segundones de Casas reinantes. Poco duró, sin embargo, tal unión, que tuvo su término el 27 de julio de 1798, a consecuencia de un parto desgraciado, quedando el viudo D. Antonio para sufrir los desasosiegos y amarguras de la invasión francesa y del destierro en Francia, hasta que, ya repuesta la Monarquía, entregó al Criador, en 20 de abril de 1817, su alma de niño, inocente y burguesa.

INDICE DE PERSONAS CITADAS

Los nombres de artistas van impresos en *cursiva;* los demás, en caracteres corrientes.

Págs.

A

Actón, José 37
Alba, XII Duque de ..... 27 y 40
Alba, XIII Duque de ..... 46 y 47
Amiconi, Jacobo 21
Antonio Pascual de Borbón .... 16, 24, 28, 37, 40, 50, 51, 52, 53, 54, 58 y 60
Aquaviva, Cardenal 10
Aranda, Conde de 31
Aristóteles 39
Artano, Mme. de 37
Atri, Duque de 9

B

Baldi, Antonio ..... 20 y 21
Bajardi, Ottavio Antonio 22
Barba, José 37
Bárbara de Braganza 13
Bayeu, Francisco 57
Beaumont, Claudio 6
Béjar, Duque de ..... 27, 38, 40, 41, 42, 43, 48, 49, 50, 55 y 57
Belalcázar, Conde de ..... 38, 40 y 48
Bermúdez, Pedro José 54
Boileau Despréaux, Nicolás 39
Boltri, Jenaro 58
Bonito, Giuseppe ..... 14 y 20

C

Págs.

Calabria, Duque de 14
Caracciolo, Juan Bautista 19
Caravaggio (Polidoro Caldora) 19
Carlino, Francisco 34
Carlos de Borbón (Carlos III) ..... 5, 6, 8, 9, 10, 12, 14, 15, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 29, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 44, 48, 51, 52, 54, 55, 56 y 60
Carlos de Borbón (Carlos IV) .... 15, 16, 17, 28, 30, 32, 37, 43, 44, 47, 49, 50, 57 y 60
Carlos Clemente de Borbón 54
Carlota Joaquina de Borbón 59
Carriera, Rosalba 21
Castropiñano, Condesa de ..... 24 y 32
Catani, Alejandro 34
Coloma, P. Luis 41
Colombrano, Princesa 13
Cooper, Samuel 21
Corencio, Belisario 19
Corsini, Príncipe 5
Cuadra, Sebastián de la (Marqués de Villarias) ..... 8 y 9

D

Du Barry, Condesa 31
Dusmet, Marqués de ..... 24, 37 y 50

E

Elector de Sajonia, Augusto III ..... 6 y 19

F

Falia, Domingo 34
Farias, Petronila 24
Farinachi, Gaetano 9
Farnesio, Isabel ..... 5, 23 y 29
Feijóo, Benito 39
Felipe V ..... 5 y 56
Felipe de Borbón, hijo de Felipe V ..... 5 y 48
Felipe Pascual, Antonio de Borbón ..... 13, 23, 33, 34, 35 y 37
Fernando IV de Nápoles ..... 16, 23, 33, 34, 36 y 37

Págs.

Fernando VI ..... 13, 23, 27, 38, 41, 48 y 56
Fernando VII 53
Fernán Núñez, Conde de ..... 12, 15, 30, 41, 42 y 58
Ferrara, Domingo 34
Filangieri, Agnello ..... 15, 34 y 35
Francisco I de Austria 36
Francisco Javier de Borbón ..... 16, 24, 28, 37, 43, 50, 54 y 55
Fray Sebastián de Victoria 45
Fuenclara, Conde de ..... 6, 7 y 8
Fuga, Fernando 35

G

Gabriel Antonio de Borbón. 16, 24, 37, 40, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 52, 54, 57, 58 y 59
Giordano, Luca ..... 19 y 20
Godoy, Manuel 32
Góngora, Luis de 39
Goya, Francisco ..... 56 y 57
Gricci, José 58
Grimaldi, Marqués de 31
Guillermina Amalia de Austria 6
Gutiérrez, Francisco 57
Gutiérrez de los Ríos, Escolástica 41

H

Hermosilla, José 55
Hospital, Marqués del 13
Houasse, Miguel Angel 56

I

Ibárburu, José 37
Iriarte, Juan ..... 38, 39 y 52
Isabel María Luisa de Parma 11

J

José II de Austria 32
Juan VI de Portugal 59

L

Págs.

Lemos, Condesa Viuda de 42
Leopoldina de Lorena, Princesa 41
Leopoldo II de Austria 32
Lóo, Luis Miguel van 56
López, Gabriel Benito 57
Losada, Duque de ..... 24, 27 y 38
Luis XV 31
Luis de Borbón ..... 31, 40 y 56
Luisa María Teresa de Parma 11
Luynes, Duque de 41
Luzán, Ignacio 39

M

Macanaz, Melchor 39
Maella, Mariano ..... 40 y 57
Magliard, Andrea 21
Maran Blen 55
Marco, Carlos de 36
Marescoti, Luis ..... 24 y 37
María Amalia de Borbón 60
María Amalia de Sajonia ..... 6, 23, 24, 28 y 30
María Ana de Borbón 16
María Ana Victoria de Braganza ..... 58 y 59
María Carolina de Austria ..... 36 y 37
Marianina, hija de Felipe V 48
María Isabel de Borbón 10
María Isabel de Borbón (hija tercera) ..... 11 y 12
María Josefa Antonia de Borbón 11
María Josefa de Austria 6
María Josefa Carmela de Borbón ..... 12, 31 y 32
María Luisa Antonia de Borbón ..... 13, 32 y 33
María Luisa de Parma, mujer de Carlos IV ..... 32 y 50
María Teresa de Austria ..... 32 y 36
María Teresa de Borbón 16
Maron, Antonio de 22
Mayans y Siscar, Gregorio 39
Medinaceli, Duque de ..... 14 y 27
Medinasidonia, Duque de ..... 27, 48 y 50
Mena, Francisco Manuel de 40
Menéndez, Francisco Antonio 21

Págs.

Mengs, Antonio Rafael ..... 21, 33, 56 y 57
Mengs, Ismael 21
Mengs, Julia 22
Mengs, Teresa Concordia 21
Michel, los 57
Mina, Marqués de la 27
Mina, Marquesa de la 27
Molinari, Giovanni ..... 6 y 21
Montehermoso, Marquesa de 19
Montemar, Conde de 6

N

Nelaton, Josefa 24
Neyra 24
Noblet, Florentín 55

O

Orlando, Bernardo 21
Osuna, Duquesa de 48

P

Paglia 28
Parque, Duque de 55
Pérez Bayer, Francisco ..... 51 y 52
Pío, Princesa 27
Portulani, Ignacio 34

R

Rane, Juan 56
Reggio, Pedro 24
Ribera, José 19
Río, Antonio del 36
Rodríguez, Ventura 55
Rosa, Salvator 19

S

Saavedra Fajardo 42
Sabatini, Francisco 55
Sáez, Francisco ..... 9 y 35

Págs.

Salvador Carmona, Luis 57
Salvador Carmona, Manuel 40
San Esteban del Puerto, Conde de 5
San Juan, Marquesa de 59
San Marcos Cavaniglia, Marquesa de ..... 10 y 17
San Nicandro, Príncipe de ..... 18, 33 y 36
Santa Elisabeta, Duque de 36
Santander, Juan de 52
Santisteban, Conde de 18
San Vicente, Marqués de 59
Santo Tomás de Villanueva 53
Sanzio, Rafael 19
Sarriá, Marquesa de 42
Serao, Francisco 34
Silvestre, Luis 7
Soler, P. Antonio 44
Solimena, Francisco ..... 19, 20 y 58
Sora, Duque de 10
Spinelli, Cardenal 12
Squilace, Marqués de ..... 24 y 55
Stuart, Pedro ..... 24 y 25

T

Tanucci (Bernardo), Marqués de. 10, 23, 28, 33, 34, 35, 36 y 55
Tavira, Obispo 52
Terri, Gabriel 44
Tiépolo, Domingo 56
Tiépolo, Juan Bautista 56
Tiépolo, Lorenzo ..... 56 y 57
Tintoretto 19
Tomachello, Francisco 58
Toscana, Duque de 32
Trisca 21
Tursis, Duque de 5

U

Uceda, Duque de 50

V

Vega, Félix Lope de 39
Victoria, Marqués de ..... 24 y 25

Págs.

Villagarcía, Marqués de 27
Villahermosa, Duquesa de 41
Villalpando, Fernando 54
Villanueva, Juan de ..... 47 y 55

W

Wall, Ricardo 28
Wanvitelli, Luis 55
Wendlinger, Juan ..... 37 y 44
Winckelmann, Juan 22

Y

Yacci, Príncipe 28

Z

Zacañini, P. Antonio 44

RELACIÓN DE LAS LÁMINAS Y SU COLOCACIÓN

Frente a la página.

Cubierta:
Miniatura de Carlos III, en color.

Lámina en color:
El Príncipe de Asturias D. Carlos, por Mengs.... .. 5

Lámina I:
Reina María Amalia de Sajonia..... 7

Lámina II:
Infanta María Isabel, hija primogénita, por Amiconi.. 10

Lámina III:
Infanta María Isabel, hija tercera, por Bonito..... 11

Lámina IV:
Infanta María Josefa Carmela, hija cuarta, miniatura. 12

Láminas V y VI:
Infanta María Luisa Antonia, hija quinta, por Bonito.. 13

Lámina VII:
Príncipe Felipe Pascual, hijo sexto, primer varón, por Bonito..... 14

Lámina VIII:
Príncipe de Asturias D. Carlos, hijo séptimo, por Bonito..... 16

Lámina IX:
Infante D. Fernando, rey de Nápoles, hijo noveno, por Mengs..... 17

Lámina X:
Infanta María Josefa Carmela, hija cuarta, por Mengs. 31

Frente
a la página.

Láminas XI, XII y XIII:
Príncipe de Asturias D. Carlos, pasteles de las escuelas de Mengs y Tiépolo..... 57

Láminas XIV, XV y XVI:
Infante D. Gabriel, hijo décimo, por Mengs, su escuela y la de Tiépolo..... 44

Láminas XVII y XVIII:
Infante D. Antonio Pascual, hijo dozavo, pasteles de las escuelas de Mengs y Tiépolo..... 51

Láminas XIX y XX:
Infante D. Francisco Javier, hijo décimotercero, pasteles de las escuelas de Mengs y Tiépolo..... 54

3 2177 02506 2710

Access
DP 199.3
.E9
1926

T2-DHH-435